



I

—¿Es que no te das cuenta de que si lo haces de esta manera es mucho peor?

—Joder, mamá, te estoy diciendo que así es como lo hago yo, ¿qué más dará?

—¿Qué más dará? —Mi madre me mira con los ojos abiertos de par en par—. Si no vas a hacer las cosas bien, no las hagas.

—Por quinta vez, lo he hecho así toda la vida, que no lo haga como tú no significa que no lo haga bien.

—No voy a discutir más por una tontería.

Agarra el pantalón que estoy planchando y tira con fuerza. Dejo caer los brazos rápidamente, cómo me jode que haga esto.

—¡Mamá! —Agarro los pantalones yo también, tiro con fuerza de ellos. El sonido de la rotura inunda el ambiente. Mi madre siempre plancha en la cocina con la ventana abierta, por eso he terminado haciéndolo así yo también. Sus costumbres, mis costumbres; todo se empapa y cala.

—Suéltalo ya, Natalia.

—No pienso soltarlo, eres una cabezona.

—¿Te estás escuchando? —Sé que se está aguantando las ganas de darme un tortazo.

—Mira, mamá, no te lo voy a decir más veces. Estoy planchando yo, déjame tranquila, joder.

—¡Que no digas tacos!

Creo que es el cansancio acumulado de la semana lo que hace que suelte el pantalón de mala gana. Estoy cansada de intentar hacer las cosas por mí misma y que todo a mi alrededor me recuerde que no vivo sola.

—Mira, déjalo, si ya están rotos, tíralos si quieres, hazlos trapo.

—Claro, como no son tuyos. —Mi madre sube la voz, se enfada por segundos.

No le contesto. Estoy harta de enfadarme por tonterías, cada gilipollez es un mundo enorme con sus miles de problemas dentro, y suficiente tenemos con vivir; sabéis de lo que os hablo, ¿no? Sí, esas ganas de quedarte en casa y no salir porque la vida cuesta un montón y te preguntas cómo has llegado hasta aquí, y la cabeza parece que no puede más. Voy con pasos firmes a mi habitación, paso por el alféizar de la ventana, dejo a mi espalda el minúsculo baño y a mi derecha la puerta abierta de la habitación de mis padres. No tengo que encender la luz porque entra suficiente por la ventana, septiembre tiene su lado bueno, supongo.

Agarro la mochila, meto las gafas de sol, la cartera y mi cantimplora de agua. Una vez estoy en el salón, cojo las llaves y salgo por la puerta dando un sonoro portazo. A los dos segundos, me llega un wasap de mi madre: *Compra el pan*. Con un punto al final, ese punto casi inaccesible para las madres. Además, ha escrito muy rápido y no ha

usado ningún emoticono de lengua hacia fuera o un cohete porque sí.

Una vez fuera del frío portal, camino con menos urgencia. Doblo la esquina y entro al bazar de Adrián, lo saludo y le pido una barra de pan. Me contesta sin dejar de sonreír.

—Dos minutos. —Directo y escueto, como siempre.

Miro el horno donde hay metidas cuatro barras y mientras tanto doy una pequeña vuelta por la tienda. Me cojo una bolsa y una *yonkilata*. Cuando termino de ver las diferentes golosinas que tiene desde hace varios meses en la misma posición, Adrián me llama y me pongo frente a él. Son dos euros, cojo todo con una sonrisa y marchó de allí, despidiéndome.

—Chicas, voy a ir a la colina, si alguna puede os espero por allí —se envía el audio al grupo de las cuatro. Meto las manos en los bolsillos, están vacíos. La mente viaja hasta donde están mis cascos: en la encimera de mi habitación. Joder, se me han olvidado. Paso de subir de nuevo.

El ambiente en mi casa solo se relajará cuando llegue mi padre de trabajar; enciendo la pantalla del móvil de nuevo para ver la hora. En treinta minutos estará en casa, son las ocho.

Camino con la vista clavada en la fachada de las antiguas casas de mi barrio. Hay un halo en ellas de historia que siempre consigue conmoverme. Me tienen con el cuello dolorido.

Pienso de nuevo en la conversación con mi madre y en lo que llevamos discutiendo por estas tonterías desde hace un tiempo. Siento que no me entiende, no es de mi generación, y hay cosas que para mí son importantes y que no consiguen entrarle en la cabeza. Entiendo que puede ser difícil, los tiempos cambian rápido, pero ¿tan-

to? No asumen que tener mi edad y seguir en casa es una manera lenta de consumir los ánimos. No me he llevado nunca mal con ellos; bueno, con mi padre no me llevo, de hecho, porque apenas está en casa. Mi madre y yo somos el tándem, lo que siempre está, con lo que convivimos. La una con la otra, siempre en el mismo sitio. En el colegio, era ella la que venía a las reuniones, la que me preparaba para ir a cualquier parte; la que hacía todo, básicamente. Todavía recuerdo el dibujo que le hice por el Día de la Madre en sexto de primaria, la sensación de triunfo. Se me dibuja una sonrisa tonta, saco el móvil del bolsillo y le escribo: *Ya he comprado el pan, en un ratito subo, me estoy dando una vuelta*. Supongo que no puedo enfadarme con ella. De paso, veo los mensajes del grupo, ninguna de mis amigas puede subir; suspiro. Mañana vuelvo a trabajar en el restaurante de mierda, no quiero.

No me he dado cuenta de que ya estoy subiendo la colina hasta que los rayos del sol me dan directamente en la cara. Dejo la mochila de mala gana en el suelo, a veces siento que la felicidad y la ira son cosas muy compatibles que se van cambiando de sitio dentro de mí. Puedo estar muy bien y, al rato, sentir que todo es una mierda, como ahora. Igual tengo algún problema y no lo veo, o no quiero verlo. Poco importan los problemas que pueda tener si no hay dinero para solucionarlos.

—*Pueh nah*. —Me siento y saco de mis pulmones un quejido. Cruzo las piernas y abro la mochila para sacar la lata de cerveza y la bolsa. Miro de nuevo el móvil, no tengo mensajes, lo meto dentro de la mochila después de quitarle la vibración. Antes, los móviles solían tenerse con sonido, imagínate, estar constantemente escuchando una musiquita en algún punto de tu bolsa una y otra vez. Mi madre lo tiene con sonido, otro salto generacional ahí.

Le doy un largo trago a la cerveza antes de mirar el horizonte. Me gustan las vistas desde aquí. Es una zona un poco apartada de las casas, llegaría a ser parque si no fuese porque hay demasiada tierra y suciedad alrededor. Podría ser algo más bonito. Me toco los pendientes de la oreja derecha, pongo los aros pequeños rectos. Manías. Vuelvo a darle un trago largo a la cerveza, me meto en la boca un par de fritos. La verdad es que los he comprado por comprar, porque no tengo nada de hambre. Pensar en mi madre, en las amigas y en las generaciones me provoca un nudo en el estómago. Ojalá todo fuese un poco más sencillo.

Desde mi casa se llega antes a la colina porque es casi la última del barrio. Eso me molestaba mucho de pequeña; si recuerdo los berrinches por tener que andar más que las demás, me entra la risa floja, pero ahora me gusta. Tardo mucho menos en llegar al metro, y a nuestro sitio de reuniones llego diez minutos antes que estas. A veces, ser la última tiene su recompensa, aunque sea solo a veces y en chorradas.

Me hago un moño de mala manera antes de volver a coger un par de fritos y llevármelos a la boca. De pequeña solía comer mucho de estas cosas, cojo aire y lo suelto sin prisa, como saboreándolo. El ruido de los coches inunda el espacio. Si me lanzo de cabeza, caería encima de uno, estoy segura. Hay una valla bastante vieja de hierro oxidado que hace que las ganas de tirarte sean menos apetecibles. Tiene un hueco enorme en la parte baja, seguramente hecho por un perro, así que puedes cruzarla sin problema. Mis pisos se ven si giras el cuerpo ciento ochenta grados, la luz del sol les da directamente a esta hora. Al otro lado de la carretera, hay un centro comercial enorme y la zona con mejores casas y colegios. Vuelvo a darle un tragazo a

la lata, a este paso me va a durar nada y menos. La muevo con pequeños movimientos, casi no queda.

Pego un bostezo enorme. No quiero volver a trabajar mañana, me consume pensarlo. Meto la mano en la mochila, abro el móvil para intentar despejar la mente. Mi madre me ha contestado con varios besos y un cohete, vuelta a la normalidad perdida:

dónde estás???

Le contesto con un:

en la colina, donde siempre

y no están tus amigas??

no pueden

pues vente para acá que ahí sola qué vas a hacer

Hago caso. Doy un último trago a la cerveza antes de levantarme y sacudirme el culo con la palma de las manos.

voy p'allá

Es bastante curioso cómo mi madre cree que estar sola es algo malo. Entiendo que ella no quiera ir a los sitios sola, ¿pero yo? Creer que el estar sola es malo me enfada un poco a veces, porque me hace sentir que tengo que

estar constantemente con alguien a mi lado. Creo que también es otro salto generacional; bueno, creo no, lo sé. Que quiera salir sola a pasear a veces hace que frunza el ceño y me comente que no lo entiende, *con lo que mola salir con gente*. Y claro que me gusta, quiero a mis amigas y con mi familia me llevo medianamente bien, salir con personas me hace sentir feliz; pero, a veces, quiero dar un paseo sola o ir al cine sola. Me gusta mucho sentirme reconfortada cuando hago planes sin nadie más, sentirme a gusto conmigo misma. Siempre he pensado que las personas que no saben estar solas es porque no se caen bien a ellas mismas, y eso es muy doloroso. ¿Vosotras qué pensáis de esto?

A veces no quieres tener a nadie a tu lado.

A veces, yo qué sé, te vale con el sonido de los coches en la carretera de enfrente de tu casa.